

san martin de Porres

ISABEL FLORES de LEMUS



san martin de Porres

por

ISABEL FLORES DE LEMUS

Cruz "Pro Ecclesia et Pontifice"

6^a edición

Ilustraciones de

MARIA ROSA GARCIA



EDITORIAL APOSTOLADO

MARIANO

C/ RECAREDO, 44

41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

FRANCISCO

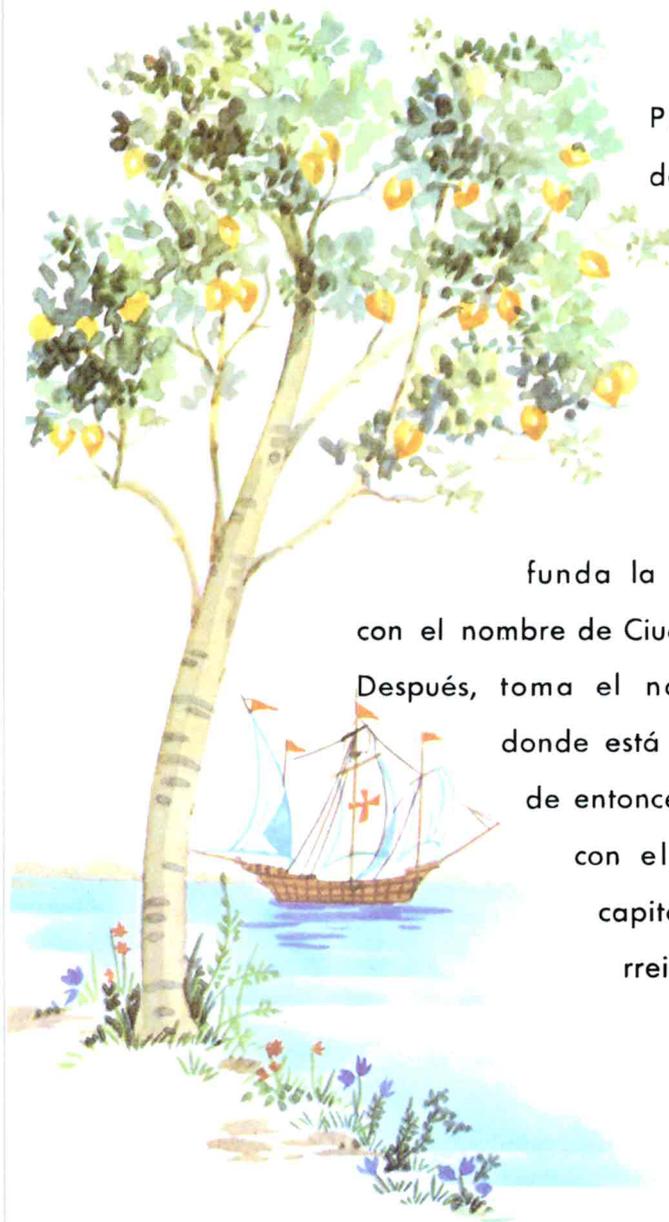
Pizarro, español,
de Trujillo, en Ex-
tremadura, des-
cubre el Perú.

El día 6 de enero
de 1529, festivi-
dad de los San-
tos Reyes Magos,

funda la capital peruana,
con el nombre de Ciudad de los Reyes.

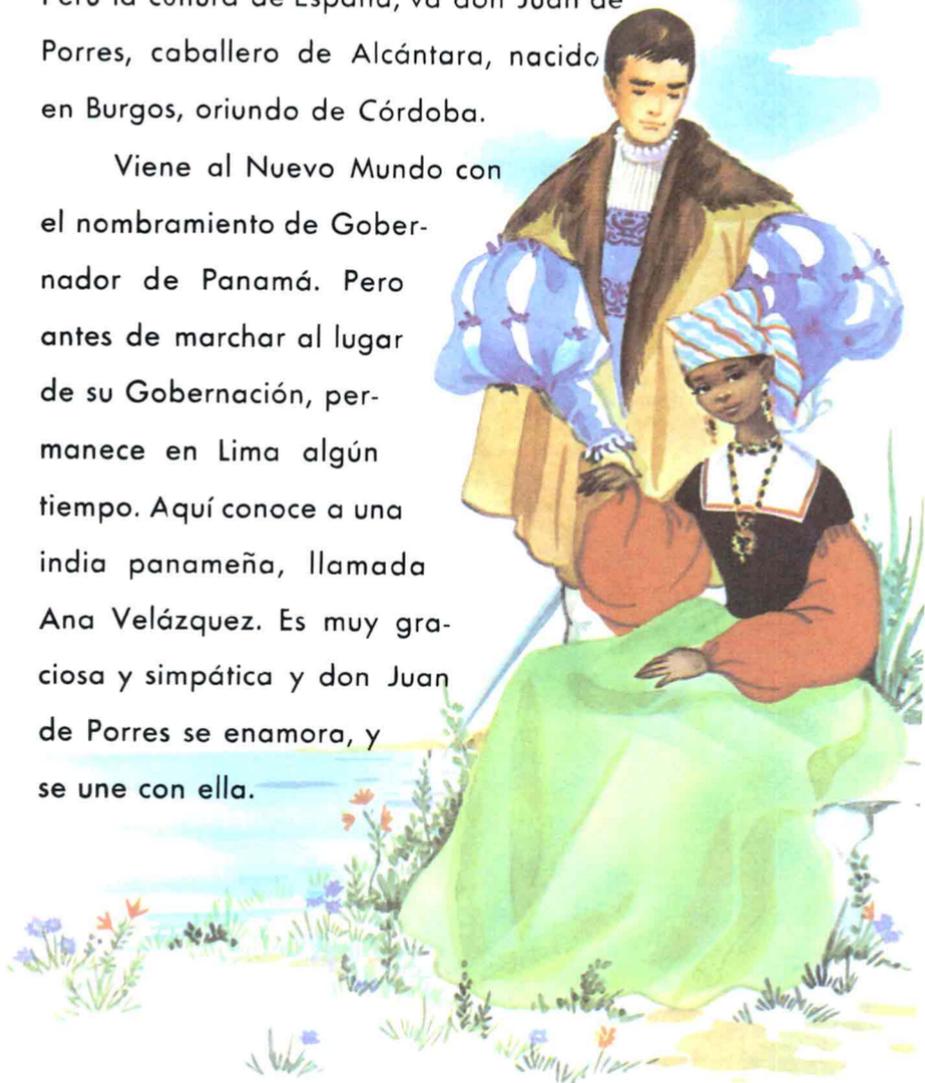
Después, toma el nombre del valle
donde está asentada y, des-
de entonces, se la conoce

con el de Lima. Es la
capital del primer Vi-
rreinato de América.



ENTRE los españoles que llevan al Perú la cultura de España, va don Juan de Porres, caballero de Alcántara, nacido en Burgos, oriundo de Córdoba.

Viene al Nuevo Mundo con el nombramiento de Gobernador de Panamá. Pero antes de marchar al lugar de su Gobernación, permanece en Lima algún tiempo. Aquí conoce a una india panameña, llamada Ana Velázquez. Es muy graciosa y simpática y don Juan de Porres se enamora, y se une con ella.

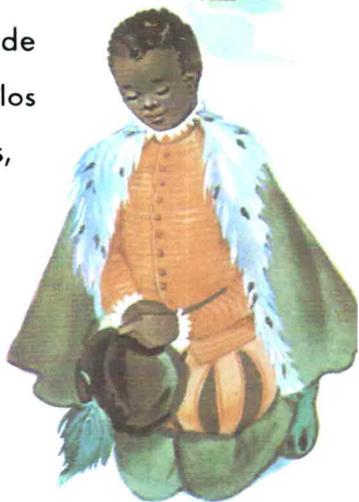
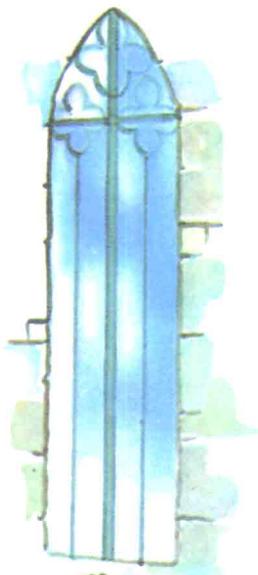


TIENEN dos hijos mulatos. Se llaman Martín y Juana. Martín es bautizado el día 9 de diciembre de 1579, en la parroquia de San Sebastián de Lima. Los dos niños crecen, educados en el amor a Dios y a todos los hombres. Y el de los necesitados prende en el corazón de Martín y de Juana que, muchas veces, se privan de su comida para darla al menesteroso.



DON Juan es destinado a Guayaquil. Tan pronto llegan a la ciudad, los niños van a la escuela donde aprenden, juntamente con el castellano, las asignaturas que, por entonces, se enseñan. Martín descuella en seguida porque es muy estudioso.

Pasados algunos meses vuelven a Lima. Aquí, Martín aprende el oficio de barbero y, más tarde, ayuda con eficacia a un médico español que le enseña, entre otras cosas el manejo del bisturí. Durante algún tiempo ejerce la profesión de practicante; pero Martín tiene ansias de entrega total a Dios y a sus hermanos, los hombres y, al cumplir los quince años, pide el ingreso en el convento de Santo Domingo, uno de los más antiguos de Lima, fundado al año de haberlo sido la Ciudad de los Reyes.



FRAY Martín se siente dichoso en el convento. Por sus conocimientos, es nombrado barbero, y como conocedor del bisturí y de toda clase de remedios, le dan el cometido de enfermero. Y lleno de amor de Dios y de ternura para los enfermos, Fray Martín se desvive en su misión. A los menos pacientes, los sirve de rodillas.

Tiene también Fray Martín a su cargo el ropero de la enfermería.

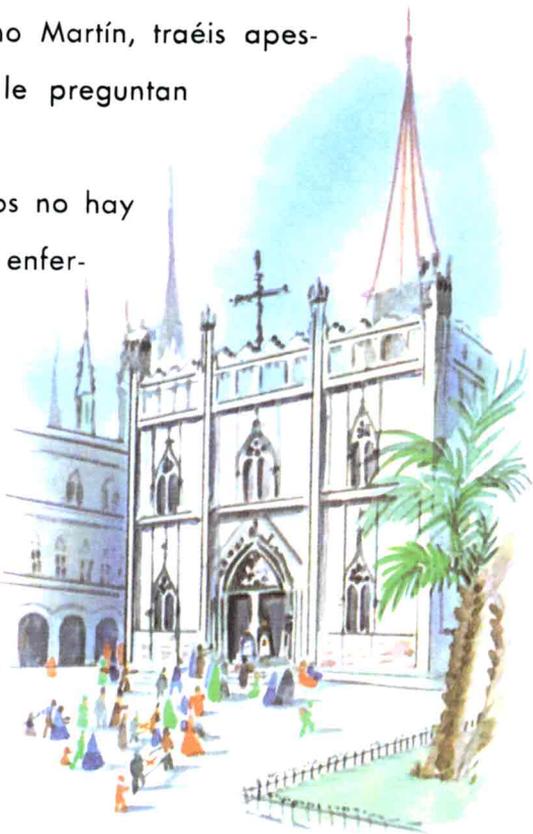


ESTALLA una epidemia en Lima. En el convento hay sesenta atacados. Pero, como los dos hospitales que hay en la ciudad están plétóricos de enfermos, éstos acuden en masa al convento, pidiendo amparo. Fray Martín se multiplica, se desvive. Y hasta lleva a su celda a los dolientes.

—¿Cómo, Hermano Martín, traéis apesados a la clausura? le preguntan asombrados.

—Para los enfermos no hay clausura— responde el enfermero.

Pero, a pesar de su buen deseo, el convento es insuficiente para albergar a todos. ¿Qué hacer, Dios mío?



YA ha encontrado Fray Martín la solución a sus inmensos deseos de caridad. Ahora, a los enfermos que llegan, los toma en brazos y él mismo los lleva a casa de su hermana Juana, generosa colaboradora de Fray Martín.



LLEVADO de su amor al débil, trabaja y logra que se funden el Asilo y las Escuelas de Huérfanos, de Santa Cruz, primer establecimiento de esta clase que se abre en Lima. Y Dios premia con prodigios el amor de Fray Martín. Por la noche, cuando el religioso se disciplina, cuatro ángeles le acompañan, iluminando con hachas encendidas los claustros del convento.





LA oración de Fray Martín está llena de amor, de fe, de humildad, de atención, de perseverancia. Cuando reza, Fray Martín está tan absorto en Dios que queda suspenso en el aire, con el rostro pegado al Crucifijo.

Para la Madre de Dios tiene ternura de hijo y el altar, donde los españoles celebran la fiesta nacional, está lleno de flores, que le trae Fray Martín. Y la Virgen se le aparece y habla con él.

FRAY Martín es muy alegre. Fray Martín es muy sencillo. Fray Martín ama mucho a Dios. Fray Martín ama mucho a los hombres y a todas las criaturas, porque son obra de la mano de Dios.

En un campo yermo que hay a las afueras de Lima, trabaja y planta y siembra para darlo a los pobres. —Así, — dice — no entrarán en los huertos del prójimo a robar.

Y el campo yermo se hizo fértil.



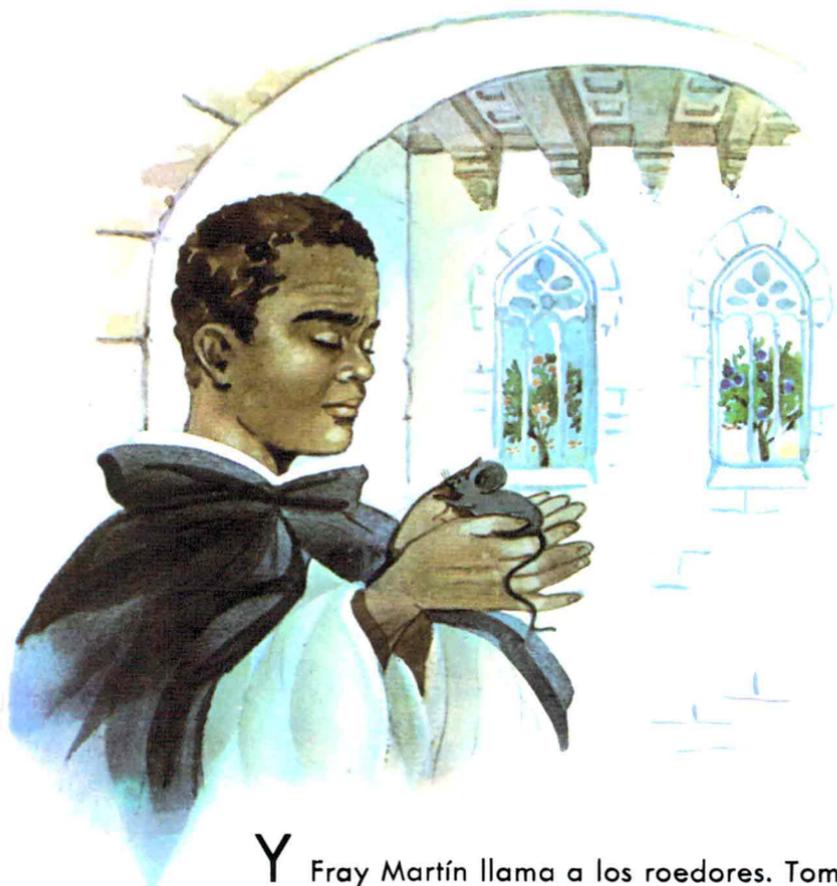


FRAY Martín se ha puesto muy triste. ¿Qué ha pasado? Casi toda la ropa de la enfermería está agujereada; y el Hermano sacristán está disgustadísimo porque la ropa de altar, venida de España, y ¡hasta las hostias que se guardan para ser consagradas! aparecen mordisqueadas. ¿Quién habrá sido el culpable?

EL Hermano sacristán dice que va a preparar veneno para dar muerte a los ratones, autores de la fechoría.

—No haréis eso, Hermano —dice Fray Martín.— Dios los ha creado con algún fin. Es verdad que no han obrado bien. Pero hay una solución mejor que la de matarlos, y es llevarlos a otra parte. Los acomodaré en unos terrenos de mi sobrina. Dios me ayudará.





Y Fray Martín llama a los roedores. Toma a uno de ellos en la mano, y le dice: "Hermanito ratón: no sé si tú serás culpable, o no, de los desperfectos ocasionados tanto en la sacristía como en el ropero. De todos modos, hoy mismo tenéis que salir todos del convento. Lleva, pues, el recado a tus compañeros para que vengan aquí inmediatamente."

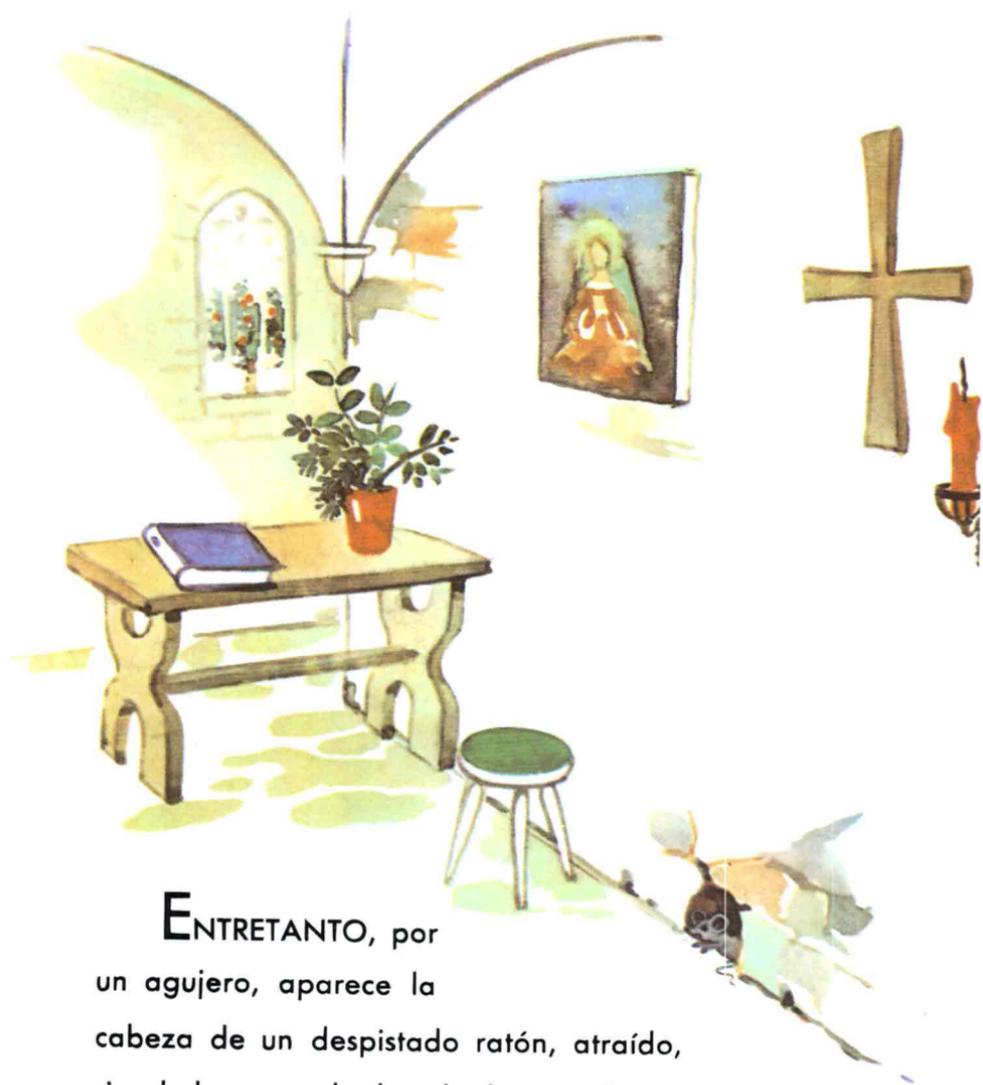


EL ratón mensajero ha cumplido su misión. Los ratones se congregan alrededor de Fray Martín, que los mete en una cesta y los lleva al campo.

Y la plaga de ratones del convento cesa. Fray Martín les lleva de comer.



UN día, mientras Fray Martín arregla el ropero de la enfermería, comen amigablemente en el mismo plato... ¿a que no imagináis quiénes son los comensales?... pues ¡el perro y la gata del convento!



ENTRETANTO, por un agujero, aparece la cabeza de un despistado ratón, atraído, sin duda, por el olor de la comida. Pero, rápidamente, al ver a la gata, da la vuelta para marchar.

LA gata ha cesado de comer y se dispone a lanzarse sobre el inoportuno visitante, del cual ya sólo se ve el rabo. Fray Martín se da cuenta, sonrío y dice:

—Hermano ratón, ven sin miedo; te aseguro que la gata no te hará daño.

Rápido, sin ningún recelo, el ratoncillo acepta la invitación. El perro se muestra satisfecho y como la gata no lo esté tanto, Fray Martín la acaricia y le habla para que no se enfade. Seguramente que es ésta la única vez que perro, gata y ratón han comido juntos.



HACE dieciocho años que el perro presta servicio en el convento. Un día le encuentra Fray Martín sangrando por el cuello. Lo toma en brazos, y le dice:

—Pobre viejo; quisiste ser demasiado listo y provocaste la pelea. Y te salió mal el caso. Ven conmigo a ver si puedo remediarte.

Una semana prodiga sus cuidados al animal. Y le sana.

—No vuelvas a las andadas le dice , que ya estás viejo para la lucha.

El perro sigue a Fray Martín lamiéndole las manos.





¡CÓMO ama Fray Martín a Dios!
y por esto ama todo lo que Dios ha creado. Pasaba Fray Martín junto a un muladar. Ha visto caída una mula. El animal tenía una pata rota y se estaba muriendo. Fray Martín, compadecido, dijo:

—Criatura de Dios, levántate sana y buena.

La mula se ha levantado curada. La enfermedad ha obedecido a la humilde oración de Fray Martín.



DIOS le
concede el don
de la ciencia infusa,
pues sin haber estudiado teología,
explica los más sublimes misterios
de la Religión con la
misma claridad que los
Maestros teólogos. Y,
además, para realizar
las obras de caridad,

DIOS le otorga el privilegio de la ubicuidad, es decir, que está al mismo tiempo en distintos lugares.

Fray Martín vive más en el cielo que en la tierra, porque su vida es toda para Dios a través de su caridad para los hombres. Tiene fama de santo. La luz del Cielo brilla en él.



YA llega el momento del gran premio. Un día del año 1639, Fray Martín enferma. Pide con amor los Sacramentos.

—He aquí el fin de mi peregrinación en la tierra. Moriré de esta enfermedad. No estoy solo. Acaban de llegar la Virgen, San José, Santo Domingo, Santa Catalina y San Vicente Ferrer.

Pide que recen el Credo en alta voz, y cuando los religiosos dicen: “Y Dios se hizo hombre”, Fray Martín se duerme en los brazos del Señor.

Es el día 3 de noviembre de 1639.





LAS campanas de la torre del convento del Rosario de la ciudad dan la noticia. Se lamentan los poderosos y los humildes; los enfermos, las viudas, los huérfanos y los presos: todo Lima llora a su bienhechor.

En cambio, en el Cielo los ángeles batan sus alas llenos de alegría, porque allí ha llegado Fray Martín de Porres.

ISBN: 978-84-7770-323-5



9 788477 703235